

OBRAS COMPLETAS DE
JOAQUIN EDWARDS BELLO

IX

Nacionalismo Continental

EDICIONES ERCILLA



PRÓLOGO

GABRIELA MISTRAL

Joaquín Edwards Bello

Hace años que la presencia y la chilenidad de Edwards Bello no nos confortan en París o en Madrid, y que nos falta su conversación coloreada, tal vez la más criolla entre las que hemos disfrutado, con la de Ventura García Calderón. Hace seis o siete años que no repasamos nuestra América con el americanismo ojeando sucesos, personas y libros.

Hay hombres que pueden ir y venir por los continentes, o que pueden vivir en solar nativo leyéndose las novedades literarias extranjeras de cada correo, sin que la lengua que hablan se les estropee y sin que la costumbre en que nacieron se les corra de los muchos ácidos que se trae el cosmopolitismo. Parece que la raza los dio subrayados o que los hizo

con un diseño especial, poniendo en su fórmula el repertorio de sus esencias, sin que le falte una sola. Son la receta completa. Los demás cogemos un manojo de atributos o una que otra virtud solitaria, y con eso y sobre eso trabajamos, sacándole los recursos posibles; aquéllos son a la vez una especie de hijos y ahijados de su país; han recibido de él la perfecta semejanza física más cierto soplo iniciático de su secreto racial, el silbo mágico de la serpiente en la oreja de Apolo, por el cual la tierra (la serpiente) traspasaba su secreto. Los demás parecemos gentes informales del negocio facial; ellos son la gestión racial misma.

“Como la esponja que la sal satura”, que decía Rubén, ellos han vivido la casta en atmósfera, en orografía sensible y en abismo abisal. Saben mucho, y no del saber que viene de la averiguación documental, sino del saber verdadero, que es una como experiencia visceral de la raza; ellos forman su entraña y le han vivido las emociones superiores como las inferiores, y son los verdaderos hijos rezumados del tejido materno.

El libro de Edwards Bello que llega de Chile será, siempre, por esto, un cuajarón de nuestra sangre, a veces trágica, en las revoluciones, a veces idílica, en

la rumia de una infancia; valdrá por un regreso a la tierra en la recolección de imágenes borroneadas y pondrá a hervir los sentidos en un acto, una vista y un olfato resucitador de las realidades perdidas.

Creen algunos racistas que nos están brotando, que basta llamarse Pérez o González, para ser un americano y saberse bien y decir cabalmente los aires, los limos y la criatura criolla. Este americano les contestaría irónicamente con su "Edwards" y les presentaría un hecho sutil que entra en el misterio de las razas. Yo me tengo aprendido que el mongolismo o la indianidad nuestra, a menor dosis, más fuerte. El cuasi-indígena, con un ochenta por ciento de Asia en el cuerpo, vive echándose atrás como se aparta la guedeja sucia de la frente el terrible porcentaje, desesperado de ser lo que es y decidido a re-crearse español; el cuasi-blanco vive menos preocupado de la ecuación; se la acepta y hasta se la mima. El blanco total, criado en tierra de América, y que participa de la americanidad solamente en paisaje y costumbre ¡y basta, y basta! ese suele hacer un bello alarde de solidaridad racial y libre del complejo y los complejos sabidos; declara a pecho abierto que es hombre de allá, criatura americana. Existen, naturalmente, los blancos envalentonados de la venazón clara del brazo

y de otras venazones problemáticas e interiores, pero afirmo la deslealtad sin superlativo del mestizo al aborigen.

Descripción y narración

Edwards Bello domina en pleno los dos hemisferios del escritor: la descripción y la narración; posee la mirada eficaz, la fantasía batidora; el demiurgo que nos hace le labró el ojo recogedor y el otro que está más adentro y que es el “transformador”. Le han dicho incorrecto, desmañado y sin desbrozar, por cierto desenfado viril con que escribió en sus mocedades, por un desembarazo muy chileno que había en su escritura, tan vivaz como su charla. Le han hecho reparos algunos que padecen su perfección como un reuma articular o como una tortura de cuentagotas. Esos mismos lo han leído con placer, porque esta prosa es de las más placenteras entre las que tenemos, de aquellas prosas de regato ágil y retozón. Una se le entrega como a la corriente, sin examinarla mucho, sin estropearse con la pedantería la dicha buena, y que ya escasea, de que nos cuenten con soltura y nos describan vitalmente, a puñados de color y de formas. Él ha sido fiel a sus virtudes primeras, y aunque después ha embridado el período y celado el concepto,

este último libro, “Valparaíso, la ciudad del viento”, es bien hermano de “La muerte de Vanderbilt”.

Entre novela y novela, Edwards Bello ha hecho veinte años un periodismo fértil que algunos llaman el mejor de Chile. Me lo leo tardíamente en esta parcela, y me duele la carencia de la crónica nacional, salida de su mano, como un desnutrimiento de lo chileno.

Las antipatías más comunes de Edwards Bello en su solar —que no en el Continente— se las ganan, mejor que sus obras..., las cualidades de su carácter. Hijo más reprendedor de su padre no le nació a nuestro viejo Chile, satisfecho y sentado en sus prestigios, sentado como en una butaca de buen marroquí y de caoba hermosa; sentado y asentado con cierta dignidad y no poquita soberbia. El marroquí se avejentó deslustrándose; la caoba comenzaba a criar comejenes. Lo decían algunos y pocos se lo creían.

El patricio, que no lo volteaba nunca, sufrió un buen día el sentón repentino. Edwards Bello, patricio él mismo, ni tuvo la butaca ni el regodeo en ella, ni la sorpresa malaventurada. Su asombro, como el mío, había sido el de que eso durase tanto tiempo. “El roto” fue un anuncio medio zumbón, medio colérico, al país apoltronado, y se lo injuriaron o se lo mofaron. Cierta patriotismo también se parece al viejo hidalgo

pulcro y sin experiencia de vendavales; abomina de los relatos crudos; pone mal gesto a la Celestina y al Lazarillo y le disgustan también los relatos telúricos. Él ha vivido sin bajar al sótano ni subir al desván donde hay inmundicias amontonadas o cachivaches en putrefacción. Él no quiere saber nada ni del terremoto, remecedor de la casa entera, aunque ambas cosas, pestes y temblores, formen también parte de la ley... y de la normalidad.

Relatos de infancia

Infancias; ésas debiéramos escribirlas todos. Algunas veces me he pensado que la mejor Geografía Pintoresca de nuestros países, sería la que resultase de unas diez infancias escritas por diez buenos veedores de las suyas en otras tantas regiones de Chile, o de Colombia, o del Perú. El niño ve bien la tierra y la costumbre, al verla con ojos nuevos y novedosos. El niño que viene “de otra parte”, mira como el extranjero, con choques de diferencia, medio herido y medio complacido de éstos. Es “un buen ver”.

Le agradecemos esta infancia, removedora por contraste de la nuestra, en cuanto a algunos aspectos, y en otros, completadora de la nuestra. Se

la recibimos como un regalo cariñoso que él mandara a los ausentes. Se parece a un sobre que nos hubiese llegado lleno de “calcomanías” chilenas, y pongo esta linda palabra que han envilecido en su sentido verdadero de estampa jugosa, de fácil manipulación de nuestra mano con ella, de contorno fijador e ingenuo de las cosas y de un entretenimiento tierno. Lado a lado con el chileno, hay en Edwards Bello un continental, un sudamericano en posesión de sus veintidós pueblos. Esta es la vida racional que nos corresponde y se parece a un existir con el cuerpo entero. Vivirán así, en cincuenta años más, nuestras gentes todas; y por allí serán más ricas y generosas hacia sí mismas y hacia los otros. El continentalismo ha tenido en Edwards Bello uno de sus mejores propagandistas, y la conciencia chilena, en este sentido de la formación de nuestra sudamericanidad, le debe mucho. Más de lo que él se cree es deudor a su periodismo grande, nuestro país.

Le ha faltado para tomar proporciones de maestro, un poco de pedantería de sociólogo o de suficiencia de pedagogo, o de matonescapechapolítica. Hay en él, por el contrario, simplicidad criolla, alegría de campeón deportivo, inteligencia castigada. Debiera ser ya como Alfonso Reyes o como Víctor Belaúnde o como

Gonzalo Zaldumbide, Ministro de Chile en cualquier capital de habla española. Chile va a cumplir con él tarde, si cumple, y le desaprovechará sus briosos años de dionisismo mental de creación jocunda. Chile no ha salido sino a medias, como la sirena, de una especie de vejstorismo político o administrativo, que ha sido su enfermedad postcolonial. Las canas por allá son todavía virtud murífica y la cara tersa un documento de no fiar.

GABRIELA MISTRAL
Madrid, 1934.

MENSAJE DE HAYA DE LA TORRE A JOAQUÍN EDWARDS BELLO VÍCTOR RÁUL HAYA DE LA TORRE

Querido señor Edwards Bello:

He escrito a usted esta carta, por intermedio de “Repertorio Americano”, que es el mejor trasmisor y receptor de las diversas corrientes intelectuales que se agitan en América Latina. Y le escribo a usted esta carta, porque justamente acabo de leer en “Repertorio”, la reproducción de algunas páginas de su libro “El Nacionalismo Continental”, del que sólo conocía una referencia del tipo de las que se publican en el periódico liberal-burgués “El Sol”, de Madrid, que tan ingenuos y equivocados puntos de vista sostiene respecto de nuestra América.

Las líneas de su libro acusan un nuevo género de literatura, el género por el que estamos clamando

los hombres de mi generación, cansados de ese verbalismo tan español y tan enervante que tiene invadida América Latina y que tanto contribuye al confusionismo que nos ahoga. El género de su literatura es económico, realista, y esto, sólo esto, asegura que su libro no va a perderse en las vaguedades retóricas de la gran mayoría de los hombres que en nuestros países quieren resolver sus problemas fundamentales con palabrería, con charlatanería de andaluces, más o menos agradables.

Un libro como el suyo, tiene que contribuir eficazmente a destruir todo ese castillo de literatura sentimental con el que se quiere defender a América Latina del gran peligro histórico que la amenaza. Por lo que acabo de leer, parece que usted dice —y este es mi grito desde hace tres años, que el imperialismo yanqui, que amenaza a América Latina, no es sino un hecho económico, y que, para defenderse de él, para estudiarlo, para dar el grito de alerta a nuestros pueblos adormecidos, es preciso señalar el riesgo tal cual es.

* * *

Mientras se hable de “la raza” (¿cuántas razas hay en América Latina?), o de la cultura, estaremos dando palos de ciego. Mientras nuestros pueblos no comprendan *que los están vendiendo, y que esa*

venta la hacen las clases dominantes de cada país, porque ellas son participes en el negocio, mientras no se concrete el peligro imperialista en sus verdaderos límites de hecho económico, estaremos ayudando como inconscientes traidores de nuestros pueblos, a la traición consciente de las oligarquías que nos venden.

Chile ha visto la pantomima de un Congreso Panamericano en el que la voz del delegado del pueblo dominicano, Morillo, fue desoída en forma insultante. El rechazo de Morillo en suelo latinoamericano es la más monstruosa humillación de nuestros pueblos; pero el pueblo chileno y su valiente juventud — esa valiente juventud de Gómez Rojas—, no hizo nada, probablemente porque desconocía que el grito de Morillo era el grito de un pueblo oprimido, masacrado, robado y violado por los soldados de aquel “apóstol” Wilson, que autorizó el bombardeo de Veracruz y la ocupación militar de Cuba. Después de eso, Chile ha llamado una “misión financiera” yanqui y le ha sometido a su contralor la economía de su administración, confesando ante el mundo, incapacidad por parte de los nacionales.

¿Y en cuanto al Perú? “La Prensa”, de Lima, diario oficial de la tiranía, llamaba editorialmente a Leguía,

el 10 de octubre de 1924, “el hombre de Watt Street”. Usted sabe como yo, que mi país está enteramente vendido al imperialismo, y que el gobierno está bajo las órdenes de la Embajada yanqui en Lima.

Sin embargo, usted lo dice, “ni una protesta por la enajenación del estaño, etc.” Los pueblos del Perú y Chile, engañados, agitados, enfurecidos por “los hombres de Wall Street” no tienen ojos para ver que el conquistador está en casa, ni oídos para oír el rumor de sus nuevas cadenas. Para desorientarlos se ha inventado “el patriotismo”. La demagogia chauvinista de los políticos profesionales ha sido la mejor Celestina del imperialismo.

Por haber dicho esto y por haber declarado mi más completa solidaridad con el pueblo chileno, al que creo tan engañado y tan víctima de sus clases dominantes, como el pueblo peruano, por haberme rebelado contra esa farsa chauvinista que sólo sirve para favorecer la política del imperialismo, que significa la esclavitud definitiva de nuestros pueblos, por el delito de no ser un sentimental y haber señalado los problemas reales de mi país, estoy proscrito.

Naturalmente que sigo trabajando, sigo trabajando sin descanso por que nuestros pueblos vean claro que el único camino para defenderse del imperialismo, es

unirse, organizarse y disciplinarse en un gran Frente Único que arrebate el poder político a las clases gobernantes que nos están vendiendo, y renueve la vida política latinoamericana, confederando los veinte pueblos dispersos y reorganizando su economía bajo el contralor de las clases productoras.

Pero, para este gran propósito precisa la acción de todos los trabajadores manuales e intelectuales jóvenes de América Latina, y que en cada país se constituya y organice y extienda la sección militante de un gran Frente Único.

El primer paso es revolucionar los trasnochados hispanoamericanismos o latinoamericanismos que claman por “razas”, “culturas”, “espíritus”, etc. Derribar esa literatura americanista envejecida, y erigir una nueva literatura latinoamericana del tipo de la suya. Así fue en sus últimos tiempos la de José Ingenieros, que tan calurosamente siguió el llamamiento de esta nueva generación que en América Latina está tratando de concretar en su verdadero sentido histórico el gran problema de defender la soberanía de nuestros pueblos de la garra imperialista, castigando la traición de las clases dominantes.

Brevemente le he escrito este mensaje, porque quiero que sepa usted que un peruano libre saluda con todo

entusiasmo la aparición de un libro nuevo y renovador. Más que todo, saludo la intención, el espíritu o, si se quiere, el realismo de la obra. Nosotros no pedimos más a los escritores latinoamericanos, sino que nos hablen de sus países, que nos digan cuántas empresas yanquis explotan su suelo y sus hombres, y cómo y en manos de quiénes marcha la máquina económica de sus Estados. Eso es la literatura nueva que necesitamos, aunque, como en los libros de Manuel Ugarte, las conclusiones fueran todas equivocadas. Pero queremos, en la cuestión latinoamericana, una literatura de hechos, realista, económica. Creo que este es el clamor de las vanguardias antiimperialistas de la nueva generación latinoamericana.

Le abraza fraternalmente,

HAYA DE LA TORRE

Londres, 23 de mayo de 1926.

MILICIA REPUBLICANA, NACISMO Y APRISMO

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Las revoluciones chilenas, todas ellas abortadas, engendraron, a causa de su fracaso, dos partidos o fuerzas, además del régimen constitucional cuya vida se mantiene en razón directa de las medidas no constitucionales que adopta, no para gobernar de manera que responda a los anhelos profundos de reforma, sino para mantenerse. No haremos politiquería atacando esto o aquello, sino que analizaremos brevemente la realidad, o sea, los dos partidos nuevos: la milicia y el nazismo, frutos de un mismo árbol: las esperanzas juveniles y el temor a la osadía de los caudillos y caudillejos. La milicia es un cuerpo de civiles armados, la mayoría jóvenes de la clase alta, subvencionados por capitalistas y por el Gobierno sedicente constitucional, con el objeto de “impedir revueltas del ejército o “tomas”

de la Moneda". Este movimiento es acéfalo, carece de etiquetas pintorescas o llamativas y se define simplemente en el deseo de que no se repitan revueltas tan vergonzosas como la de Talcahuano o tan peligrosas como la de Dávila. En el fondo la milicia es intachable por lo que respecta a su origen y a sus móviles. Su impopularidad reside principalmente en su composición, de personas pudientes en sus dos terceras partes, lo cual, en tiempos de populachería, parece un defecto imperdonable. No quiero de ninguna manera pensar como los lectores de panfletos y buscar adeptos, usando las ideas democráticas más limitadas. La milicia conserva un carácter servicial, festivo y deportivo muy propio de lo mejor de nuestra sociedad. Su defecto consiste en otra cosa.

Desde el momento que implica una vuelta a 1924, el año del asco a la política por haberse revelado de cuerpo entero, una vuelta a ese estado, que la milicia hace permanecer, sume al país en el ridículo. Los milicianos no discuten, ni inventan programas nuevos; son un curioso ejemplo de buenas intenciones, de falta de brillo y de vitalidad inerte. El fervor de los primeros días de su creación se apagó, junto con ese no sé qué de viril, de deportivo y de juvenil que caracterizó a su fundamento.

Los nazistas, pese a sus ideales, a sus buenas intenciones y entusiasmo, contienen el fundamental pecado de su trasplante, inadaptable en nuestra tierra. Su carácter de imitación deshace básicamente el ideal de chilenidad, que, en Alemania, es netamente nacionalista. El serlo allá destruye por lógica la posibilidad de serlo aquí. Además, creemos difícil, por experiencia de la psicología de las masas, que un régimen en la etapa de éxito, o triunfo, en otra tierra, pueda triunfar aquí, sin pasar por las etapas invariables y necesarias a que los verdaderos caudillos llevan a su partido.

Sería tan absurdo implantar en América el fascismo o el nazismo de golpe y en carácter de régimen, como si uno quisiera hacer pasar la harina cruda por pan, ausente de la mezcla, fermentación y cocción final. Falta el sacrificio del héroe, la lucha, y ese algo inevitable de mistificaciones teatrales que, tanto Mussolini como Hitler, franquearon en ascenso y éxito hasta la final victoria. Goering es fascista, o lo era: aprendió el arte de luchar en Roma, bajo Mussolini, pero no lo dirá en público. El mayor talento de Hitler, como caudillo, consiste en haber evitado llamarse imitador del Duce. La primera etapa de los caudillos consiste en prometer, hasta aquello que por antemano saben que

no serán capaces de dar. Es precisamente la parte de histrionismo y astucia la que les sirve de trampolín y la *que no podrán usar los imitadores*, los caudillos calcados, los que anhelan llegar valiéndose de la última etapa, la del triunfo, sin pasar las vicisitudes antedichas. De todo lo cual infiero que ni fascismo, ni naciismo, ni milicia, sino chilenidad, americanidad, ñequismo, aprismo, en cualquier caso, antes que copia de lo otro y lo de más allá. La necesidad de un ideal, de un partido de jóvenes, es inevitable. La última carta de la juventud intelectual aliada a los trabajadores se jugó con Dávila. Había comenzado el juego en 1927, sin llegar ni al éxito ni a la plenitud anhelada, por razones que sé y me callo ahora. La carencia de un caudillo aterró nuestros planes desde 1927. Si lográramos juntar en gavilla las voluntades de milicianos, nacistas, trabajadores intelectuales y manuales bajo una cabeza tan bien organizada como lo es la de Haya de la Torre en Perú, entonces podríamos creer en la salvación. El que escribió *El Nacionalismo Continental*, en 1926, no podría mirar sin simpatías y calor de proselitismo a la mayor figura anímica, a la mayor cantidad de caudillo iberoamericano continentalista: Haya de la Torre. El Apra avanza, pese a sus pasajeros contratiempos, no en bandera peruana sino del continente nuestro. Si

fueran apristas en Bolivia y el Paraguay, la guerra, la estéril sangría del Chaco, sería imposible, ¿por qué? Porque hubiera sido imposible el señor Salamanca. Si el Apra residiera en Santiago y en Buenos Aires no habría figurones a lo Talleyrand criollo ni allá ni aquí, y el ganado argentino pasaría con tanta facilidad hacia acá como los porotos y los vinos hacia allá. ¡Con cuánta facilidad nos ponemos de acuerdo alrededor de una mesa (sin banquete) los jóvenes iberoamericanos!

¿Qué conspiración sombría se trama contra nosotros? La de los intereses. Por eso la salud de América reside en nosotros los que, providencialmente, carecemos de intereses momentáneos. La previsión y la moral son el fruto de nuestra inopia. En 1925 fracasó el movimiento pacifista peruano-chileno a causa de iniciarse dirigido por intereses. Lo resolvieron Ibáñez y sus jóvenes por carecer de intereses, y por obedecer a los pichones de aprismo: Gabriela Mistral, Paulino Alfonso, Vicuña Fuentes, Haya de la Torre, etcétera. No admito politiquería en mis líneas: Ibáñez, en esa ocasión, escuchaba a los nombrados.

El Apra. ¡Hermosa palabra, ya regada con sangre! Significa *Alianza Popular Revolucionaria Americana*. Son martillazos escritos. Su lema:

1.º Acción contra el imperialismo yanqui;

- 2.o Por la unidad política de América Ibérica;
- 3.o Por la nacionalización de tierras e industrias;
- 4.o Por la internacionalización del Canal de Panamá,
y
- 5.o Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos.

Los que no están en la mesa del festín, los que ni especulan ni reciben coimas, ni están marcados en el *payroll* de Wall Street, pueden suscribir un programa así. Esas palabras como martillazos derribarán las murallas aduaneras: *Alianza Popular Revolucionaria Americana*. Sacaremos de las profundas entrañas de la sociedad fuerzas que aún no fueron usadas y que actúan de reserva. Si el país resurge siempre, empero sus caídas y a pesar de los sucios movimientos de alternativa contra el presupuesto, se debe ello, no a tal o cual político, ni a las argucias de tal o cual hacendista, sino al Dios Criollo, a la tierra y a esa gente sin uso que constituirá el aprismo futuro. Esa gente duerme ahora en gran parte; despertará y ansiará ser usada y servir. Ahora trabaja en silencio; mañana será usada en política. Entonces, sólo entonces, comenzará también la función social de los escritores, de los verdaderos escritores, los insobornables. Unión de trabajadores manuales e intelectuales. Eso es.

EDWARDS BELLO, Joaquín. *El Nacionalismo continental*, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1935, pp. 9-15; 17-22, 145-150.



Precio: Quince Pesos